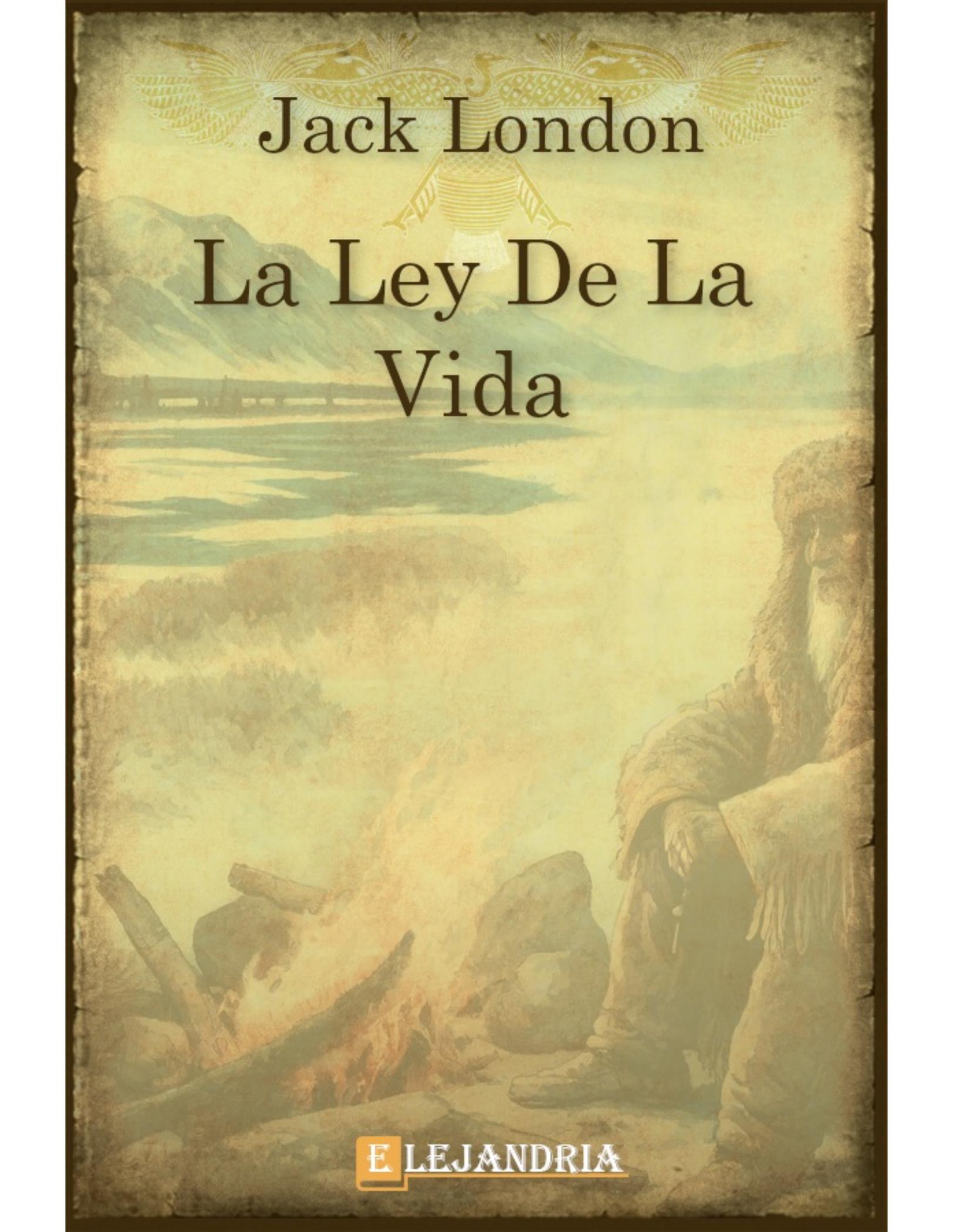




Jack London

La Ley De La  
Vida



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **LA LEY DE LA VIDA**

**JACK LONDON**

**PUBLICADO: 1901**

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA  
ORIGEN: [EN.WIKISOURCE.ORG](http://EN.WIKISOURCE.ORG)**

## LA LEY DE LA VIDA

El viejo Koskoosh escuchaba ávidamente. Aunque su vista se había desvanecido hace tiempo, su oído seguía siendo agudo, y el más leve sonido penetraba en la inteligencia titilante que aún residía detrás de la frente marchita, pero que ya no miraba hacia las cosas del mundo. ¡Ah! Esa era Sit-cum-to-ha, maldiciendo estridentemente a los perros mientras los golpeaba y les ponía los arneses. Sit-cum-to-ha era la hija de su hija, pero estaba demasiado ocupada para dedicar un pensamiento a su abuelo quebrantado, sentado solo allí en la nieve, desamparado y desvalido. Había que desmontar el campamento. El largo camino esperaba mientras el corto día se negaba a prolongarse. La vida la llamaba, y los deberes de la vida, no la muerte. Y él estaba muy cerca de la muerte ahora.

El pensamiento hizo que el anciano se sintiera presa del pánico por un momento, y extendió una mano temblorosa que vagó temblorosamente sobre el pequeño montón de madera seca a su lado. Reasegurado de que efectivamente estaba allí, su mano regresó al refugio de sus pieles raídas, y volvió a escuchar. El crujido malhumorado de las pieles medio congeladas le dijo que la tienda de piel de alce del jefe había sido desmontada, y en ese momento la estaban empaquetando y metiendo a presión para hacerla portátil. El jefe era su hijo, robusto y fuerte, líder de los miembros de la tribu y un cazador poderoso. Mientras las mujeres se afanaban con el equipaje del campamento, su voz se elevaba, reprendiéndolas por su lentitud. El viejo Koskoosh aguzó el oído. Era la última vez que oiría esa voz. ¡Allí iba la tienda de Geehow! ¡Y la de Tusken! Siete, ocho, nueve; sólo la del chamán podía seguir en pie. ¡Ahí! Estaban trabajando en ella ahora. Podía escuchar

al chamán gruñir mientras la cargaba en el trineo. Un niño gimoteó, y una mujer lo calmó con suaves arrullos guturales. El viejo pensó en el pequeño Koo-tee, un niño inquieto y no muy fuerte. Pronto moriría, tal vez, y abrirían un agujero en la tundra congelada y amontonarían piedras encima para mantener alejados a los glotones. Bueno, ¿qué importaba? Unos pocos años, en el mejor de los casos, y con tantas barrigas vacías como llenas. Y al final, la Muerte esperaba, siempre hambrienta y la más hambrienta de todas.

¿Qué era eso? Oh, los hombres atando los trineos y apretando las correas. Escuchaba, quien ya no escucharía más. Los latigazos rugían y mordían entre los perros. ¡Escúchenlos gemir! ¡Cómo odiaban el trabajo y el camino! ¡Se marchaban! Trineo tras trineo se alejaba lentamente en el silencio. Se habían ido. Habían salido de su vida, y enfrentaba la última hora amarga solo. No. La nieve crujió bajo un mocasín; un hombre se paró a su lado; una mano descansó suavemente sobre su cabeza. Su hijo era bueno al hacer esto. Recordaba a otros viejos cuyos hijos no habían esperado después de la tribu. Pero su hijo sí lo había hecho. Vagó en el pasado, hasta que la voz del joven lo trajo de vuelta.

"¿Está bien contigo?" preguntó.

Y el viejo respondió, "Está bien."

"Hay leña a tu lado", continuó el joven, "y el fuego arde brillante. La mañana es gris y el frío ha cedido. Pronto nevará. Incluso ahora está nevando."

"Sí, incluso ahora está nevando."

"Los miembros de la tribu se apresuran. Sus fardos son pesados y sus estómagos están planos por la falta de festines. El camino es largo y viajan rápido. Me voy ahora. ¿Está bien?"

"Está bien. Soy como una hoja del año pasado, aferrada ligeramente al tallo. El primer soplo que sople, y caeré. Mi voz se ha vuelto como la de una anciana. Mis ojos ya no me muestran el camino de mis pies, y mis pies son pesados, y estoy cansado. Está bien."

Inclinó la cabeza con contento hasta que el último ruido de la nieve quejumbrosa se desvaneció, y supo que su hijo estaba más allá del llamado. Luego su mano se extendió apresuradamente hacia la leña. Sólo ella se interponía entre él y la eternidad que se abría ante él. Al final, la medida de su vida era un puñado de leños. Uno por uno irían a alimentar el fuego, y así,

paso a paso, la muerte se acercaría. Cuando el último palo hubiera entregado su calor, la escarcha comenzaría a ganar fuerza. Primero cederían sus pies, luego sus manos; y el entumecimiento viajaría, lentamente, desde las extremidades hasta el cuerpo. Su cabeza caería hacia adelante sobre sus rodillas, y descansaría. Era fácil. Todos los hombres deben morir.

No se quejaba. Era la forma de la vida, y era justa. Había nacido cerca de la tierra, cerca de la tierra había vivido, y la ley de la misma no era nueva para él. Era la ley de toda carne. La naturaleza no era bondadosa con la carne. No tenía preocupación por esa cosa concreta llamada el individuo. Su interés residía en la especie, la raza. Esta era la abstracción más profunda que la mente bárbara del viejo Koskoosh era capaz de, pero la comprendía firmemente. La veía ejemplificada en toda la vida. El ascenso de la savia, el estallido de verdor del brote de sauce, la caída de la hoja amarilla: en esto solo se contaba toda la historia. Pero una tarea le dio la Naturaleza al individuo. Si no la cumplía, moría. Si la cumplía, era lo mismo, moría. A la Naturaleza no le importaba; había muchos que eran obedientes, y solo la obediencia en este asunto, no el obediente, vivía y vivía siempre. La tribu de Koskoosh era muy antigua. Los viejos que había conocido cuando era niño, habían conocido a viejos antes que ellos. Por lo tanto, era cierto que la tribu vivía, que representaba la obediencia de todos sus miembros, hasta el olvidado pasado, cuyos mismos lugares de descanso eran olvidados. No contaban; eran episodios. Habían pasado como nubes de un cielo de verano. Él también era un episodio, y pasaría. A la Naturaleza no le importaba. A la vida le daba una tarea, una ley. Perpetuar era la tarea de la vida, su ley era la muerte. Una doncella era una buena criatura para contemplar, de pechos llenos y fuerte, con resorte en su paso y luz en sus ojos. Pero su tarea estaba aún por delante. La luz en sus ojos se intensificaba, su paso se aceleraba, ahora era audaz con los jóvenes, ahora tímida, y les daba de su propio desasosiego. Y siempre se volvía más hermosa, hasta que algún cazador, incapaz de contenerse más, la llevaba a su tienda para que cocinara y trabajara para él y se convirtiera en la madre de sus hijos. Y con la llegada de su descendencia, su belleza la abandonaba. Sus extremidades arrastraban y se arrastraban, sus ojos se apagaban y se empañaban, y solo los niños pequeños encontraban alegría contra la mejilla marchita de la vieja junto al fuego. Su tarea estaba hecha. Pero en poco tiempo, al primer pellizco de hambre o al primer largo camino, y ella sería dejada, así como él había sido dejado, en la nieve, con un pequeño montón de leña. Tal era la ley.

Colocó un palo cuidadosamente en el fuego y reanudó sus meditaciones. Era lo mismo en todas partes, con todas las cosas. Los mosquitos desaparecían con la primera helada. La ardilla del pequeño árbol se arrastraba a morir. Cuando la edad se asentaba en el conejo, se volvía lento y pesado, y ya no podía superar a sus enemigos. Incluso el gran oso de cara pelada se volvía torpe, ciego y pendenciero, para finalmente ser arrastrado por un puñado de huskies aulladores. Recordó cómo había abandonado a su propio padre en un tramo superior del Klondike un invierno, el invierno antes de que llegara el misionero con sus libros habladores y su caja de medicinas. Muchas veces había Koskoosh chasqueado los labios al recordar esa caja, aunque ahora su boca se negaba a humedecerse. El "analgésico" había sido especialmente bueno. Pero el misionero era una molestia después de todo, porque no traía carne al campamento, y comía copiosamente, y los cazadores se quejaban. Pero enfrió sus pulmones en el dividio junto al Mayo, y los perros después olisquearon las piedras y se pelearon por sus huesos.

Koskoosh colocó otro palo en el fuego y se sumergió más en el pasado. Hubo la época de la Gran Hambruna, cuando los viejos se acurrucaban con el estómago vacío junto al fuego, y dejaban caer de sus labios vagas tradiciones de la antigua época en que el Yukón corría completamente abierto durante tres inviernos, y luego permanecía congelado durante tres veranos. Había perdido a su madre en esa hambruna. En el verano la carrera de salmones había fallado, y la tribu esperaba el invierno y la llegada de los caribúes. Luego llegó el invierno, pero con él no llegaron los caribúes. Nunca se había conocido algo así, ni siquiera en las vidas de los viejos. Pero los caribúes no vinieron, y era el séptimo año, y los conejos no se habían recuperado, y los perros no eran más que bultos de huesos. Y a través de la larga oscuridad los niños gemían y morían, y las mujeres, y los viejos; y no uno de cada diez de la tribu vivió para ver el sol cuando regresó en la primavera. ¡Esa fue una hambruna!

Pero también había visto tiempos de abundancia, cuando la carne se echaba a perder en sus manos, y los perros estaban gordos e inútiles por comer en exceso, tiempos en que dejaban la presa sin matar, y las mujeres eran fértiles, y las tiendas estaban llenas de niños y niñas desparramados. Entonces los hombres se volvían arrogantes, y revivían antiguas disputas, y cruzaban los dividios hacia el sur para matar a los Pellys, y hacia el oeste para sentarse junto a los fuegos apagados de los Tananas. Recordaba, cuan-

do era niño, durante un tiempo de abundancia, cuando vio a un alce derribado por los lobos. Zing-ha estaba con él en la nieve y miraba: Zing-ha, que más tarde se convirtió en el cazador más astuto, y que, al final, cayó por un agujero de aire en el Yukón. Lo encontraron, un mes después, justo cuando había salido a medias y se congeló rígido al hielo.

Pero el alce. Zing-ha y él habían salido ese día a jugar a cazar al estilo de sus padres. En el lecho del arroyo encontraron la huella fresca de un alce, y con ella las huellas de muchos lobos. "Un viejo," dijo Zing-ha, que era más rápido en leer las señales, "un viejo que no puede mantenerse al día con la manada. Los lobos lo han separado de sus hermanos, y nunca lo dejarán." Y así fue. Era su forma de actuar. Día y noche, sin descansar, gruñendo en sus talones, mordisqueándole el hocico, permanecerían a su lado hasta el final. ¡Cómo Zing-ha y él sintieron el impulso de la sangre acelerarse! ¡El final sería un espectáculo para ver!

Con pies ligeros, siguieron el rastro, y hasta él, Koskoosh, de vista lenta y rastreador inexperto, podría haberlo seguido a ciegas, era tan ancho. Estaban calientes en los talones de la caza, leyendo la trágica historia, recién escrita, a cada paso. Ahora llegaron a donde el alce había hecho una parada. Tres veces la longitud del cuerpo de un hombre adulto, en todas direcciones, la nieve había sido pisoteada y levantada. En medio estaban las profundas impresiones del juego de pezuñas abiertas, y por todas partes, en todas partes, estaban las huellas más ligeras de los lobos. Algunos, mientras sus hermanos acosaban a la presa, se habían echado a un lado y descansaban. La impresión completa de sus cuerpos en la nieve era tan perfecta como si se hubiera hecho el momento antes. Un lobo había sido atrapado en un salto salvaje de la víctima enfurecida y había sido pisoteado hasta la muerte. Unos pocos huesos, bien limpios, daban testimonio.

Nuevamente, dejaron de levantar sus raquetas de nieve en una segunda parada. Aquí el gran animal había luchado desesperadamente. Dos veces había sido derribado, como lo atestiguaba la nieve, y dos veces había sacudido a sus asaltantes y recuperado el equilibrio una vez más. Había cumplido su tarea hace tiempo, pero de todos modos la vida era querida para él. Zing-ha dijo que era algo extraño, un alce una vez derribado, liberarse de nuevo; pero este ciertamente lo había hecho. El chamán vería señales y maravillas en esto cuando se lo contaran.

Y nuevamente, llegaron a donde el alce había intentado subir por la orilla y llegar al bosque. Pero sus enemigos lo habían atacado por detrás, hasta que se encabritó y cayó sobre ellos, aplastando a dos profundamente en la nieve. Era evidente que la matanza estaba cerca, pues sus hermanos los habían dejado intactos. Dos paradas más fueron apresuradas, breves en duración y muy cerca una de la otra. El rastro ahora estaba rojo, y la limpia zancada de la gran bestia se había vuelto corta y descuidada. Luego oyeron los primeros sonidos de la batalla, no el coro de garganta llena de la caza, sino el ladrido corto y agudo que hablaba de cercanías y dientes en la carne. Arrastrándose con el viento, Zing-ha se arrastró por la nieve, y con él se arrastró él, Koskoosh, quien iba a ser jefe de los miembros de la tribu en los años venideros. Juntos apartaron las ramas de un joven abeto y miraron. Era el final que vieron.

La imagen, como todas las impresiones de la juventud, seguía siendo fuerte en él, y sus ojos apagados vieron el final reproducirse tan vívidamente como en aquel tiempo lejano. Koskoosh se maravilló de esto, porque en los días que siguieron, cuando fue un líder de hombres y un jefe de consejeros, había hecho grandes hazañas y había hecho de su nombre una maldición en las bocas de los Pellys, por no hablar del extraño hombre blanco que había matado, cuchillo contra cuchillo, en pelea abierta.

Durante mucho tiempo reflexionó sobre los días de su juventud, hasta que el fuego se apagó y la escarcha mordió más profundamente. Lo reabasteció con dos palos esta vez, y midió su agarre en la vida por lo que quedaba. Si Sit-cum-to-ha solo hubiera recordado a su abuelo y hubiera reunido un brazo más grande, sus horas habrían sido más largas. Habría sido fácil. Pero ella siempre fue una niña descuidada, y no honraba a sus ancestros desde el momento en que el Castor, hijo del hijo de Zing-ha, puso los ojos en ella. Bueno, ¿qué importaba? ¿No había hecho él lo mismo en su propia juventud rápida? Por un rato escuchó el silencio. Tal vez el corazón de su hijo se ablandara, y volvería con los perros para llevar a su viejo padre con la tribu a donde los caribúes corrían espesos y la grasa colgaba pesada sobre ellos.

Forzó sus oídos, su cerebro inquieto por el momento se calmó. No un ruido, nada. Él solo respiraba en medio del gran silencio. Era muy solitario. ¡Escucha! ¿Qué era eso? Un escalofrío recorrió su cuerpo. El aullido familiar, largo y prolongado, rompió el vacío, y estaba cerca. Luego, en sus ojos

oscurecidos, se proyectó la visión del alce, el viejo alce macho, los flancos desgarrados y los costados sangrientos, la melena destrozada, y los grandes cuernos ramificados, bajos y agitados hasta el final. Vio las formas grises que destellaban, los ojos brillantes, las lenguas colgantes, los colmillos babeantes. Y vio el círculo inexorable cerrarse hasta convertirse en un punto oscuro en medio de la nieve pisoteada.

Un hocico frío se apoyó en su mejilla, y al tocarlo, su alma volvió al presente. Su mano se lanzó al fuego y sacó una astilla encendida. Vencido momentáneamente por su miedo hereditario al hombre, la bestia retrocedió, emitiendo un prolongado llamado a sus hermanos; y ávidamente ellos respondieron, hasta que un anillo de gris baboso y agazapado se extendió alrededor. El viejo escuchó cómo se cerraba este círculo. Agitó su palo encendido salvajemente, y los gruñidos se convirtieron en gruñidos; pero las bestias jadeantes se negaron a dispersarse. Ahora uno arrastraba el pecho hacia adelante, arrastrando las ancas detrás, ahora un segundo, ahora un tercero; pero ninguno retrocedía. ¿Por qué debería aferrarse a la vida? se preguntó, y dejó caer la rama llameante en la nieve. Chisporroteó y se apagó. El círculo gruñó incómodamente, pero mantuvo su posición. Nuevamente vio el último acto del viejo alce macho, y Koskoosh dejó caer su cabeza cansadamente sobre sus rodillas. ¿Qué importaba después de todo? ¿No era la ley de la vida?

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**